

El demonio puso en boca de los amigos y de la mujer de Job palabras de menosprecio: la revolución, después de despojarla, insulta á sus víctimas, y dá el calificativo de perezosos, y aún otros peores, á los que se han consagrado á Dios en su sagrado ministerio.

Ahora bien: ¿cuál debe ser la conducta de los ministros de Dios en situación tan triste? Predicar la paciencia, é inculcar á todos el deber de repetir con Job: «Si hemos recibido de Dios los bienes que tenemos, ¿porqué no recibimos con resignación los males y azotes que nos envía?»

Mas, para predicar con fruto, es preciso hacerlo con el ejemplo, y procurar en los años de la juventud proveerse de piedad y de ciencia. Esto es lo que á vosotros toca hacer en la lucha presente, mientras dure vuestro noviciado en el Seminario. Pero como todavía pasará algún tiempo, antes de que estéis preparados para ser robustos atletas en los combates del Señor, no llegareis á tomar parte en las luchas del día. No consentirá Dios, que duren mucho estas violencias contra la justicia y contra la única religión del Dios verdadero.

Si pasarán los actuales perseguidores, y la Iglesia, desde lo alto de su inamovible roca, los verá, confundidos, caminar hácia su ruina. Con la calma, recobró Job sus bienes y sus hijos; y así volverán á la Iglesia, con la paz, los bienes de ella inseparables, y muchos de sus hijos extraviados retornarán á su seno.

Pero como la Iglesia es, y se llama militante, y la vida del hombre será siempre un combate, tras de la paz tendremos nuevas luchas; y para que estéis entonces dispuestos á sostenerlas, debéis ahora proveeros de armas con que confundir: este es el primer consejo que os doy.

El segundo tiene que ver personalmente con vosotros, y es el estudio de vosotros mismos. Al estudio de las ciencias, de la teología, de los cánones, debe suceder el estudio de vuestra alma: *Anima mea in manibus meis semper*. Examinad cual es su defecto dominante para atacarlo y vencerlo.

¡Oh! es indudable, que en la vejez experimentareis los saludables efectos de estos triunfos, alcanzados en la juventud sobre vuestros propios defectos.

Dios os sostendrá con la ayuda de su gracia, como os bendice ahora por medio de su Vicario; y ¡ojalá que con esta bendición derrame en vuestra alma el amor á estos dos estudios: el de las ciencias, y el de vosotros mismos! Así es como llegareis á ser dignos de evangelizar á los pueblos con fruto, os santificareis, y seréis, además, la honra de vuestra patria, que no ha menester de hojas que se marchiten, sino de frutos que den alimento espiritual.

Benedictio Dei, etc.

(Eco de Roma, 3 de Octubre 1871.)

CONMEMORACION

DE LA ENTRADA TRIUNFAL DE VÍCTOR MANUEL EN ROMA, POR LA BRECHA DE LA PUERTA PIA, EL DÍA 20 DE SETIEMBRE DE 1870;

DISCURSO NOTABILISIMO DE SU SANTIDAD;

Y

CONSIDERACIONES ACERCA DE ESTE DISCURSO.

Santísimo Padre:

La Roma moderna, la Roma de la usurpación, se regocijaba al recordar el 20 de Setiembre, día de la entrada triunfal de Víctor Manuel por la brecha de la Puerta Pia. Esta manifestación, que, por lo demás, ha hecho un completo fiasco, no podía menos de conducir á la cárcel apostólica los cortesanos de la desgracia; y á Dios gracias, estos cortesanos se han manifestado en inmensa mayoría en el pueblo Romano. Este pueblo, al cual cuatro años de escándalos, de promesas ilusorias, y de amenazas incesantes, no han podido corromper, estaba representado por los miembros de los diez círculos, que componen las sociedades católicas romanas, ó más bien—á causa del considerable número de sus miembros—por los directores de cada uno de los círculos. Estos directores, en número de doscientos, se reunieron el día 20 de Setiembre por la mañana, en la sala del Consistorio, para protestar, todavía una vez más, en nombre de la capital del Catolicismo, y del mundo entero, contra las iniquidades de que Roma y el Santo Padre son víctimas.

Al sentarse el augusto Anciano en el trono, rodeado de muchos cardenales y de prelados de su corte, el vice-presidente de la *Federazione Piana* se adelantó, y con voz clara y sonora dió principio á la lectura del siguiente discurso.

Con el corazón lleno de amargura, pero también lleno de confianza y de esperanza, los miembros de los consejos directivos de las sociedades católicas de Roma de la *Federazione Piana*, se presentan de nuevo ante vos, Santo Padre, en este día funesto, que recordará, para siempre jamás, la falta más enorme de nuestro siglo, la vergüenza más humillante de los salvajes civilizados de esta Europa ingrata. En este día, doloroso por doble motivo, primero, por los Dolores de la Virgen inmaculada, y luego, por vuestros dolores, ¡oh Padre imponderablemente atribulado! deponemos á vuestros pies, hoy, más que nunca, el homenaje de nuestro amor y de nuestra fidelidad.

Las esperanzas humanas que sostenían, en parte, nuestra debilidad, se han desvanecido, y hémos aquí, entre la tierra, que parece volver al caos, y el cielo, al parecer cerrado para nosotros: hémos aquí, entre la desolación, y Dios. Empero, no estamos solos; Santo Padre, con vos y por vos permanecemos firmes, llenos de confianza é imperturbables.

El Padre de los creyentes, fuerte con la promesa de Dios, no dudó, que tendría hijos del hijo que iba á sacrificar: espero contra

toda esperanza; y Dios multiplicó sus generaciones, hasta lo infinito.

Vos también, Santísimo Padre, esperáis contra toda esperanza; y puesto que Jesucristo ha dicho, «que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia», estais seguro de su triunfo, mientras que todos los poderosos del siglo convierten para anonadarla. Vos sois el nuevo Padre de los creyentes afligidos, en medio de la tempestad que los agita, el Ángel de la consolación no cesa de repetir: *Confidite, ego vici mundum*. «Tened confianza; yo he vencido al mundo»; y con vos, nosotros venceremos, Santo Padre, ese mundo lleno de tristeza; formados por el espíritu que os anima, á imitación del agua, que se eleva por el solo peso de la presión, también nosotros, á medida que nos oprima la tribulación, nos elevaremos hacia Dios.

Cuatro años hace, que gemimos; y hace cuatro años, que oramos. Los impíos, que nos han sometido con el hierro y el fuego, no cesan de insultarnos, diciéndonos: «¿Dónde está vuestro Dios?» Y Dios parece sordo á nuestras súplicas, y el cielo de bronce para nosotros.

Las oraciones de algunos centenares de fieles fueron suficientes, para que el Ángel del Señor descendiese á la cárcel de Jerusalén, y pusiera en libertad á San Pedro: millones de fieles oran hace muchos años por Vos, y vuestras ataduras, por el contrario, se aprietan cada vez más.....

¿Será, acaso, que los hijos de Dios, olvidando la palabra del Apóstol de la Caridad: *Nec carnis dixitritis*, se aproximan á los hijos de los hombres, sin ruborizarse de participar de sus obras abominables, y de sus fiestas insultadoras? ¿Será, por ventura, porque el pueblo de Dios, fatigado de aguardar á Moisés, que recibe la ley de salvación entre rayos y tempestades, concluya proscribiéndose ante el becerro de oro, y se entrega á la idolatría con los enemigos del Señor?

¡Oh! No lo permita Dios! Pero Vos habláis, Santo Padre, y nos alentáis. La debilidad humana tiene grandísima necesidad de luz en esta terrible confusión de cosas y de principios! ¡Ah! Santísimo Padre, que vuestra palabra nos guie, que vuestra oración nos sostenga, que vuestra bendición nos salve de la catástrofe que nos amenaza! ¡Qué esta bendición nos salve, á nosotros, á nues-

tras familias, á nuestras sociedades, á vuestra Roma profanada y deshonrada!

El Santo Padre se levantó radiante, como en sus mas bellos días, y pronunció el notabilísimo discurso siguiente:

El *Círculo*, que me rodea en estos momentos, se compone de la parte más escogida de muchos otros, que esporean por nuestra ciudad, el suave perfume de sus buenas obras.

Me felicito, y os felicito por vuestras palabras; vuestra presencia basta para acrecentar mi fortaleza. Y pues deseais que yo os diga algunas palabras, que eleven vuestro espíritu, y lo conforten en medio de tantas causas de abatimiento, procuraré secundar vuestro laudable deseo.

Dos coincidencias pueden reclamar hoy nuestra atención: la primera de las cuales, no haré sino indicarla.

Y me contentaré con indicarla, porque su examen me conduciría á decir grandes verdades, que no se quieren oír; y *tibi auditus non est, non effundis sermonem*.

Las ventanas de mi habitación dan al campo, donde, en esta estación, se recolectan los frutos de los árboles, y de la vid.

Los guardas del campo, y los viñadores vigilan, porque los que vienen á robar frutas, acechan y rondan para conseguir sus fines. Los viñadores disparan, de vez en cuando, para asustarlos, y obligarlos á que se alejen. Ayer mismo, al acercarse la noche, oí alguno de estos disparos de la parte del campo; pero,—[extraña coincidencia]—al propio tiempo sonaron muchos tiros en la ciudad, que fueron á confundirse con los anteriores: los primeros, tenían por objeto ahuyentar á los robadores de frutas; los últimos, por el contrario, servían para honrar y festejar á los usurpadores de Roma.

Pero la coincidencia en que más conviene fijarse, y que debe contribuir á fortalecer nuestras almas, es la de que el aniversario del 20 de Setiembre coincide, este año, con la Conmemoración litúrgica de los Dolores de la Madre de Dios. Por eso, al mismo tiempo, que la Iglesia venera á esta Mujer verdaderamente grande y agoviada de dolores, debemos seguirla, imitarla, y fortalecernos con su ejemplo.

En efecto; ella no dijo,—como la madre

de Ismael,—que no tenía fuerzas para asistir á la muerte que amenazaba á su Hijo, sino que, como mujer fuerte, subió á la cumbre del Gólgota, y junto á la Cruz recogió de los labios de su divino Hijo, el testamento que conforta, que enseña; y nos presenta al Hombre-Dios, como maestro de la verdad, hasta desde lo alto de esta cátedra de la Cruz.

María Santísima estaba junto á la Cruz, *stabat*; oía las blasfemias de los soldados, las burlas de los fariseos, los insultos de los sacerdotes; y permanecía en pié: *stabat*; con los ojos vueltos hacia su divino Hijo, sentía que redoblaban sus fuerzas, aún en la plenitud de su dolor; y continuaba en pié: *stabat*. Vio como la lanza abría el costado del Señor Crucificado, y lo contemplaba inmóvil, no como los débiles, que asistían á esta consoladora tragedia cual si asistieran á un espectáculo, sino como mujer que meditaba, sufría, y esperaba.

Sin embargo, al ver á su Hijo, recordó las palabras del anciano Simeon, quien predijo, que aquel Niño sería algun día para Ella, agudísima espada que traspasaría su corazón de madre.

Stabat, María Santísima se mantuvo en pié y firme junto á la Cruz, hasta la consumación de la gran catástrofe. Retiróse por fin; y en medio de las tinieblas, con las cuales quiso Dios que el Universo entero comprendiese, en algun modo, el luto de la naturaleza, bajó del Calvario con paso seguro, y volvió sin temor á su morada, donde puede fundadamente creerse, que su divino Hijo se le aparecía, ántes que á nadie, para consolarla; y que al explicarle el cumplimiento del gran misterio, le revelaría también los futuros triunfos de la Iglesia, cuyo principio había María de presenciar.

Eleveos, pues, nuestras miradas hacia la santa montaña, y aprovechémosnos de los ejemplos de fortaleza de la Inmaculada Virgen, que sabrá bien acomodar la empresa á nuestra debilidad.

Nosotros también vemos con tristeza la guerra cruel; y los tormentos con que se martiriza á la Iglesia, á esta Iglesia Santa, que en el Calvario saltó del costado abierto de Jesucristo.

Todos debemos; pero este deber incumbe más particularmente á los ministros del santuario, oponer á las blasfemias, burlas y desprecio de las cosas santas y sagradas, el remedio de la instrucción, que confunde al

error, fortaleciendo á los buenos, sosteniendo á los débiles, y convirtiendo, si es posible, á los extraviados.

A nosotros toca, amantísimos fieles, oponer á tantas palabras infernales, palabras de alabanza, respeto y amor á Dios, á la Virgen, á los Santos, y, finalmente, á los divinos misterios: *ab ortu solis usque ad occumum laudabile nomen Domini*.

Resuenen con frecuencia, bajo las bóvedas de los sagrados templos, las alabanzas del Señor; y rojalá, que estas alabanzas, cantadas con espíritu de penitencia, calmen su indignación por las muchas faltas que cometen los hombres! Repetid, entre otras, aquella oración de la Iglesia: *Deus qui culpa offenderis, penitentia placaris*. Sed firmes y constantes, abandonados en brazos de Dios, y confiad en su ayuda.

No asistáis á las funciones que se celebran para desagrarar á Dios, como á un espectáculo: *tanquam ad spectaculum*, á imitación de los indiferentes espectadores del Gólgota; sino más bien, asistid á ellas con María Santísima, recogida en medio de su dolor, y con los mismos pensamientos que tuvo sobre lo que pasaba en el Gólgota, y sobre las palabras que salían de los labios de su divino Hijo. De manera, que pudierase aquí repetir: *Maria autem conservabat omnia verba hæc, confrens in corde suo*.

Reflexionemos también nosotros, y recojamos al mismo tiempo, el fruto de nuestras consideraciones, que debe resumirse en estas dos palabras: *aperte et patri*. Trabajar contra esa muchedumbre, que llaman mal al bien, y bien al mal; mostráru, que, en nuestros días, quisiera, que volviese todo al caos; hagamos todo lo que á nuestro alcance esté para vencer con el auxilio de Dios á semejante monstruo, que es el resumen de todos los vicios; y así como para vencerlo, es necesario obrar, así lo es también disponémosnos con paciencia á sufrir los efectos de sus terribles venganzas: *agere et pati*.

Ni las blasfemias, ni los insultos, ni los sarcasmos, deben ser parte para que abandonemos nuestro puesto; es preciso permanecer firmes é inquebrantables al pié de la Cruz. La Santísima Virgen, despues de haber asistido al gran sacrificio, bajó del monte, y volvió á su soledad, caminando con segura planta por entre las espesas tinieblas, que en virtud de un prodigio extraordinario, cubrían la tierra. Así nosotros, entre las ti-

nieblas engendradas por los errores, los falsos principios y el espíritu de inmoralidad, debemos poner el pie en terreno firme, para retirarnos á la soledad de nuestro corazón. Debemos creer, que María, abandonada y sola, fué, por fin, como os he dicho, consolada con la aparición de su Amado. Tampoco nosotros tenemos más defensa que esta Cruz, porque los que podrían socorrernos, ó están abalidos, ó son nuestros enemigos, ó nos miran con indiferencia. Por eso nos volvemos hácia Aquel, que, con su muerte, borró de nuestra frente la condenación. El consolo á su Santísima Madre en el dolor y en el abandono en que se hallaba. ¿Por qué no ha de consolar también á su Vicario, por indigno que sea, y á los muchísimos fieles que están con él? ¡Ah! Si; reunidos todos al pie de la Cruz, roguémosle con María, que nos consuele, purifique á la Iglesia de las manchas, no suyas,—que no las tiene,—sino que son de estos ó los otros que á ella pertenecen.

Pero sepan los enemigos de la Iglesia, que viendo lo que acontece, se regocijan, y forman planes sobre ciertos hechos (próximos ó remotos; Dios solo lo sabe); sepan estos enemigos nuestros, que también los fariseos y sus amigos se alegraban de la muerte del Redentor, como si hubieran obtenido un triunfo, sin reflexionar, que aquella muerte era el principio de su total ruina. Entretanto, ejercitemonos en la paciencia, y escuchemos la voz de Dios, que nos dice por la boca del Profeta: *Potum dabis nobis in lacrymis in mensura*. Roguemosle con confianza, y esperemos, que está ya colmada la medida, y que la bebida amarga quedará bien pronto agotada.

Pero, como en todo debemos someter nuestra voluntad á la voluntad divina, después de haberle pedido, que nos libre de los males presentes, pidámosle también, que nos preserve de los futuros, por la intercesión de Aquella, á quien saludo el Angel lleno de gracia. ¡Oh, si, Virgen bendita! os ruego por mí, por todos los presentes, y por cuantos viven unidos conmigo, que vengais ahora en nuestro auxilio, para que perseveremos firmes é inquebrantables en nuestros propósitos. Os rogamos, que nos asistais en nuestra última hora; y que, cuando frios ya, y temblorosos nuestros labios, pronunciarán con voz lánguida vuestro nombre, Vos, con vuestro castísimo esposo, recibais estas almas, que

no desean sino alabar á Dios y glorificarle por toda la eternidad.

*Quando corpus morietur
Fac ut vivam donec
Paradisí gloria. Amen.*

Benedictio Dei, etc.

CONSIDERACIONES ACERCA DEL DISCURSO QUE ANTECEDE.

Vamos á considerar ese discurso del Santo Padre, bajo el punto de vista político.

Aunque ofrezca el carácter de una homilía, el Santo Padre ha indicado, en términos muy precisos, la situación política de la Santa Sede, con relación á las Potencias, y caracterizado á esas mismas Potencias con una expresión, que no ha pasado desapercibida á los secretarios.

Digase cuanto se quiera, la política se mezcla siempre con la religión, por el sencillo motivo, de que cuantos la persiguen obedecen á fines políticos.

Pío IX, pues, quiere, que conste el abandono completo de la Santa Sede y de la Iglesia, de parte de los gobiernos. Todo cuanto contribuía ántes á la defensa de los intereses universales, concentrados en Roma, ha desaparecido. Nos hallamos en la hora de las tinieblas, tinieblas palpables: los horizontes están cerrados, y dentro poco, no podremos disponer de otras luces que las de la guerra y de los incendios. Los pueblos, á quienes Cristo y su Vicario dicen: «Amaos los unos á los otros,» se harán fuego mutuamente con su artillería; signo el más irónico de los progresos tan ponderados de la civilización. Se derramará mucha sangre, y aprisa.

«No tenemos otra defensa que la Cruz,» ha dicho Pío IX.

Como María y Juan, debemos nosotros mantenernos unidos y constantes al pie de la Cruz, en la cual fué clavado Aquel, que humilla á los fuertes, y ensalza á los débiles. Las más sublimes lecciones de política nos vienen de la Cruz: ella nos asegura el triunfo después de los abatimientos.

Y nosotros no tenemos más que á ella. «Los que pudieran socorrernos, ha dicho también Pío IX, ó están abatidos, postrato, ó

son nuestros enemigos, *nemico*, ó nos miran con indiferencia, *indiferente*.»

He aquí bien delineados los pueblos (¿quién digo?) los pueblos están con la Iglesia; he aquí á los gobiernos caracterizados perfectamente.

Indiferente lo es, sobre todo, el Austria, este imperio llamado *apostólico*, al cual vemos en manos de judíos y de francasones, caminando hácia la ruina, y expandiendo las faltas de sus soberanos, especialmente las de José II, el *sacristan*.—El Austria que ha perdido su razon de ser, después de haber abdicado voluntariamente su representación sublime de Santo Imperio. Con el Austria pueden contarse las potencias secundarias, tales como la España, Portugal, Dinamarca, Suecia, Holanda, Bélgica, la Grecia; y otras, aun de primer orden, tales como la Turquía, Rusia é Inglaterra. Aunque protestantes, cismáticos, ó infieles, esos gobiernos tienen mil razones para desear, que la autoridad del Vicario de Jesucristo sea respetada; pues quieránlo ellos, ó no, su propia autoridad depende de la soberanía del Papa: sin embargo, son *indiferentes*.

Nemico, es el Imperio alemán, personificado en M. Bismark, *enemigo* de la libertad, *enemigo* de la paz, *enemigo* de la Iglesia, *enemigo* de sí mismo, porque será castigado, como lo han sido todos los perseguidores y todos los ambiciosos.

M. de Bismark confunde en su odio la Iglesia y la Francia, y á la Iglesia es á la que pretende herir en la Francia, tanto ó más, que á la Francia misma.

Si; lo decimos en voz muy alta: mancomunidad santa y sublime entre la Iglesia y la Francia, es la prenda de salud infalible de la Francia, porque, como la Iglesia no puede perecer, sino que debe triunfar, por lo mismo la Francia no perecerá, sino que triunfará.

Pero, entretanto, su gobierno está *postrato*, abatido.

Con este epíteto: *postrato*, el Santo Padre ha querido designar á la Francia, y solo ha designado á ella.

Como la Iglesia, la Francia está rodeada de enemigos, ó de indiferentes, y se halla, como la Iglesia, abatida, sin fuerza, sin otra defensa que la Cruz.

Sabemos de muy buen origen, que el gobierno del Mariscal solo encuentra en Europa simpatías estériles: de todas partes se le dice en buenas palabras:

«Salid de tan lastimoso estado como podáis: la Prusia quiere declararos una guerra á muerte; nosotros no nos hallamos en estado de defenderlos. Lo único que podemos hacer en vuestro favor, es daros buenos consejos: abandonad toda idea de ultramontanismo; este es el punto más peligroso, y el más trascendental. Dejad, que la Italia haga del Papa y de Roma lo que mejor le parezca: este asunto ¿quién os importa? Reprimid el orgullo del clero, imponed silencio á los obispos, impedid las peregrinaciones, retirad el *Oremus*, y entrad resueltamente en las vías de la civilización.»

Si la diplomacia francesa, espantada de las ruinas que se acumulan en Roma, y de las amenazas hechas á la seguridad del Pontífice, propone al Austria, por ejemplo, obrar de común acuerdo cerca del gobierno italiano, el Austria responde:

«Vuestro celo es, sin duda, muy laudable; pero dispensadme; yo pienso de otro modo. Si algún día, me veo en la necesidad de dirigir alguna observación al gobierno italiano, me reservo el derecho de obrar sola. A mí, por otra parte, me interesa muy poco la cuestión de las violaciones de la propiedad internacional; hay que conceder algo al espíritu del tiempo. Y en lo relativo á la gran eventualidad de un Conclave, no participo de vuestros temores. La Italia ha dado su palabra de respetar y hacer respetar la libertad de esta Asamblea; ¿por qué ocuparme de ello?»

Tal es la situación de la Francia en el exterior.

En el interior, ella puede aplicarse la palabra del Papa á la Iglesia, y rogar á Dios, «que purifique que la *nación francesa* de ciertas manchas, que no son suyas, sino de estos ó estotros, que pertenecen á *esta nación*.»

La Francia tiene las horribles manchas del Bonapartismo, de la República, y de la Commune. Los partidos la destrozan, y se levantan contra ella, á la manera que los Viejos-católicos se levantan contra la Iglesia. Cuenta, por cierto, con partidos honrados, pero sin cohesión, porque carecen de jefes, ó, por decirlo mejor, porque su jefe ha sido rechazado precisamente cuando los pueblos le aguardaban.

La Francia tiene ejército; pero ejército que tiene necesidad de rebacerse: posee cañones, mas no tantos como su enemigo. Es preciso, pues, que ceda en todas las cuestio-

nes, hasta el extremo límite del honor.

En una palabra, la Hija primogenita de la Iglesia, para recuperar su representación militar y cristiana, no puede contar con los medios humanos, como suele hacerlo, para encubrir su intervención directa en los acontecimientos.

Entretanto la Francia debe, sin olvidar su natural actividad, permanecer firme al pie

de la Cruz. Y la Cruz, que es la salvación de la Iglesia, la salvará también a ella.

No hablamos de Italia..... De la Alemania hemos ya hablado.

E.

(*Journal de Florence*, 27 de setiembre 1874.)

LA SECTA Y SUS CONQUISTAS.

«Trabajar contra esa muchedumbre, que llama mal al bien, y bien al mal; monstruo que, en nuestros días, quisiera que todo volviese al caos.»

(Pío IX, *Discurso de 20 de Setiembre de 1874.*)

Desde que el Vicario de Jesucristo ha levantado su voz, para denunciar los esfuerzos de la Masonería, nótase gran movimiento en el mundo cristiano; despertando los fieles, como de una pesadilla, han contestado con gritos de terror; al grito de alarma dado por su Pastor vigilante, y les vemos, por doquiera, buscando con la mayor solicitud las huellas de la secta. Por do quiera se publican libros y opúsculos, sobre este asunto; y el periodismo católico tampoco, esta vez, falta a los deberes, que le impone el llamamiento del Santo Padre.

Puede decirse, que los católicos están de pie y alerta, gracias á Dios, y á la solicitud paternal de Pío IX. Lo que ahora conviene es, encontrar donde está la secta. El mayor número de escritores la buscan donde no se encuentra, esto es, en las Logias; penetran en ellas y se detienen; contemplan lo que pasa, y de lo que allí ven concluyen fácilmente, que la Masonería no es más que un almodro de prácticas absurdas y ridiculas.

Esta conclusión, trae consigo otra: en efecto, el absurdo y el ridículo corren parejas en las Logias. Esos mandiles, esas mucas, esos guarismos cabalísticos, todos esos pobres papates, que nada saben, ni conocen, sino lo que se les ordena practicar, y á quienes se venda los ojos, para sumirlos en las tinieblas de una *luz verdadera*, que no verán nunca; todo eso, no cabe duda, es en extremo risible. Si las Logias encerrasen, realmente, la secta anticristiana, no valieran la pena de ocuparse de ellas. Pero la verdad es, que, hoy día, las Logias ya no la encier-

ran, y se pierde un tiempo muy precioso buscándola en ellas.

La secta no tiene ninguna necesidad de los antros, donde se ha ocultado en los siglos pasados. Sin embargo, la Providencia ha querido, que sus guardias sean conservadas, aún en nuestros días, para que pudiéramos reconstruir la historia de la revolución de Lucifer, contra su Criador; y de la lucha entre los hijos de Belial, contra los hijos de Dios, al través de los anales del mundo. La huella de todas las aberraciones, á las cuales el hombre se ha dejado arrastrar por Satanás, se ha conservado preciosamente en los santuarios del Arte-Real.

Al pisar sus umbrales, las estatuas de Isis y Osiris, símbolos de la generación y de la regeneración del género humano, y resumen, en cierto modo, de toda la mitología antigua, son los primeros objetos en los que se fijan vuestros ojos. En seguida, se os presentan las sortijas y los sellos de los Gnósticos. Ese catafalco colocado en medio de la sala, en ciertas solemnidades, es la misma *Bosma* de que nos habla San Agustín en sus obras sobre los Maniqueos. Los Albigeneses, los Lollards, los Anabaptistas, han legado á la Logia la herencia de sus emblemas. El templo de Salomón, figurado sobre las baldosas, es el mismo templo de Salomón, al rededor del cual Cromwell hizo arrodillar á sus cómplices, cuando meditaba su gran conspiración contra la monarquía en Inglaterra.

Escuchad: un ven, orador habla; y dice, que todos los hombres son hermanos, todos igualmente agradables al Criador, cuales-